
Laura Bellini
El precio de una sola mirada
Una verdad oculta puede cambiar el valor de todo

El precio de una sola mirada

Una verdad oculta puede cambiar el valor de todo

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384900949

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - Lo que no se ve 12
Capítulo 2 - Los límites de la confianza 24
Capítulo 3 - Bajo la superficie 38
Capítulo 4 - Fuera del horario de trabajo 49
Capítulo 5 - El derecho a decir que no 64
Capítulo 6 - La distancia de un suspiro 78
Capítulo 7 - Entre nosotros y la verdad 90
Capítulo 8 - La luz del otro lado 102
Capítulo 9 - El riesgo está en los detalles 115
Capítulo 10 - Sin una distancia segura 128
Capítulo 11 - Un lugar para dos 140
Capítulo 12 - Una huella imposible de ignorar 151
Capítulo 13 - El precio del silencio 163
Capítulo 14 - A medio paso de la sinceridad 175
Capítulo 15 - La verdad al otro lado del marco 186
Capítulo 16 - Un límite que no voy a retirar 198
Capítulo 17 - Lo que queda después del silencio 210
Capítulo 18 - El precio de hacer lo correcto 221
Capítulo 19 - El valor de la verdad 232
Capítulo 20 - Todo lo que realmente tiene valor 245

INTRO

La primera vez que vi a Borys Sowa, estaba intentando demostrar que un cuadro valorado en varios cientos de miles de eslotis no valía ni la mitad de esa cantidad.

Él estaba de pie en la puerta de una galería de Breslavia, con una caja de madera bajo el brazo, el pelo mojado y la expresión de alguien que había entrado donde no debía, pero que no tenía la menor intención de disculparse por ello. Yo estaba arrodillada frente a un paisaje del siglo XIX, iluminando su borde inferior con una linterna. Llevaba pantalones negros, una camisa blanca y unos guantes que costaban menos que el café que servían durante las inauguraciones de exposiciones. Prefería que siguiera siendo así. En mi profesión, cuanto menos llamativa era la apariencia de una persona, mayores eran las posibilidades de que alguien terminara escuchando lo que tenía que decir.

—La galería está cerrada —dije sin levantar la cabeza.

—Me he dado cuenta. He tenido que llamar tres veces.

—Y, aun así, ha entrado.

—La señora Zofia me dejó una llave.

Aquello bastó para que me volviera con más brusquedad de la que pretendía.

Zofia Maj, la propietaria de la galería, era una mujer de gusto exquisito y una inquietante tendencia a tomar decisiones por los demás. Tres días antes me había asegurado que nadie tocaría el cuadro hasta que terminara el peritaje. Solo necesitaba dos semanas para completar la documentación, emitir mi dictamen y cobrar unos honorarios que por fin me permitirían alquilar mi propio local. No un

despacho compartido con un bufete de abogados, donde las conversaciones sobre la autenticidad de las obras de arte se veían interrumpidas por el zumbido constante de una trituradora de papel. Quería un estudio de verdad, con luz del norte, una mesa de inspección y una puerta que pudiera cerrar sin pedir permiso a nadie.

El hombre dejó la caja junto a la pared y miró el cuadro.

—No debería estar colocado así.

—¿Perdone?

—Está apoyado en un ángulo incorrecto. El travesaño inferior del marco soporta demasiado peso.

Me incorporé despacio.

—¿Y usted es...?

—Borys Sowa. Me dedico al enmarcado y a la restauración de marcos.

Tenía treinta y ocho años, como supe más adelante, aunque ya entonces advertí en su rostro aquella peculiar mezcla de madurez y rebeldía. Era alto y llevaba un jersey oscuro con las mangas remangadas. Tenía una cicatriz clara en una muñeca y una mancha de pintura dorada en el pulgar. No parecía un hombre que hubiera ido allí para impresionar a nadie. Y precisamente por eso le presté más atención de la que debería.

—Anita Rojek —me presenté—. Perito de arte. El cuadro permanecerá en esta posición hasta que termine la inspección.

—En ese caso, permítame colocar una cuña debajo.

—No he autorizado ningún trabajo.

—No le estoy proponiendo realizar ningún trabajo. Le estoy proponiendo evitar que el marco se agriete antes de que termine de examinarlo.

Tenía una voz tranquila. No levantaba el tono ni intentaba hacerme quedar mal. Se limitó a señalar una pequeña separación en la esquina izquierda que yo no había advertido antes. Cuando la examiné con mayor detenimiento, comprendí que tenía razón.

No me gustaban esos momentos.

Y todavía me gustaban menos los hombres capaces de tener razón sin mostrar la más mínima satisfacción en el rostro.

—Enséñeme la cuña —dije.

La sacó de la caja y me la entregó, en lugar de acercarse por su cuenta al cuadro. Aquel pequeño gesto me sorprendió más que su observación. Conocía a muchos especialistas que trataban el espacio de trabajo ajeno como si fuera territorio propio. Borys, por lo visto, entendía la diferencia entre ofrecer ayuda y asumir el control.

Durante unos instantes trabajamos en silencio. Él sujetaba el soporte de madera mientras yo ajustaba la posición del marco. La galería olía a cera para suelos, papel viejo y lluvia que entraba por una ventana entreabierta. Al otro lado del cristal pasaban los tranvías, cuyas luces atravesaban los adoquines mojados de la calle. Cuando me enderecé por segunda vez, Borys estaba lo bastante cerca para que percibiera el tenue aroma a madera y jabón impregnado en su jersey.

—Gracias —dije.

—Ha sonado doloroso.

—No se acostumbre.

Entonces sonrió por primera vez. No fue una sonrisa amplia ni seductora. Apenas levantó una comisura de los labios, como si hubiera apreciado una respuesta que no esperaba.

—Entiendo que su opinión sobre el cuadro no es demasiado favorable.

—Entiendo que estoy obligada a mantener la confidencialidad.

—Es sensato.

—Por lo general.

—¿Y hoy?

En lugar de responder, me volví hacia el paisaje.

Representaba un meandro del río Óder al amanecer, con una barca solitaria junto a la orilla y unas construcciones bajas en la distancia. El cuadro era hermoso, aunque la belleza no constituía una prueba de autenticidad. La firma se atribuía a un conocido pintor de finales del siglo XIX, pero la documentación sobre su procedencia presentaba una laguna inquietante. Veintisiete años durante los cuales, supuestamente, el lienzo había permanecido en una colección privada, sin fotografías, facturas ni una sola mención en la correspondencia.

Una única información fiable bastaría para resolver el asunto.

Zofia esperaba un dictamen favorable antes de la venta prevista.

Yo esperaba hechos.

—El marco no es original —dijo Borys de pronto.

Lo miré.

—¿En qué se basa?

—En las proporciones de la moldura. En la forma en que están ensambladas las esquinas. Y en el dorado.

—El marco podría haberse sustituido muchas veces.

—Por supuesto.

Observaba el travesaño inferior con una atención que transformó su rostro. La sonrisa desapareció y, con ella, su naturalidad. Durante un instante pareció reconocer algo que habría preferido no ver.

—¿Ha trabajado antes con este marco? —pregunté.

No respondió inmediatamente.

—Con marcos parecidos.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Lo sé.

Nuestras miradas se encontraron por encima del borde superior del cuadro. Tenía los ojos grises, sorprendentemente claros bajo la iluminación tenue de la galería. Me observaba con atención, sin intentar dominar la conversación, pero tampoco con intención de retractarse de lo que acababa de decir. Sentí irritación porque su silencio era deliberado. Y, al mismo tiempo, había algo en la manera en que me permitía advertirlo que despertaba en mí una curiosidad incómoda.

Desde la calle llegó el sonido de la campana de un tranvía.

—Zofia me pidió que preparara el marco para la exposición —explicó por fin—. No sabía que el peritaje seguía en curso.

—Con más razón, no debería modificar nada.

—Estoy de acuerdo.

Tampoco esperaba aquello.

Saqué el teléfono y abrí el mensaje de la propietaria de la galería. Me lo había enviado menos de una hora antes.

Anita, mañana por la mañana vendrá el especialista en enmarcación. Por favor, facilítele la evaluación del estado del marco. Me interesa que el cuadro quede preparado para la venta cuanto antes.

Mañana por la mañana.

Miré el reloj. Eran las siete y cuarenta de la tarde.

—Ha llegado un poco antes de lo previsto.

—Zofia me llamó cuando estaba terminando de trabajar. Dijo que era urgente.

—Para ella todo es urgente.

—¿Y para usted?

La pregunta me sorprendió por su sencillez. Podría haber respondido que el plazo del dictamen, que la responsabilidad profesional, que los documentos. Sin embargo, durante una fracción de segundo pensé en el local vacío de la calle Łaciarska que había visitado aquella mañana. En la luz que caía sobre sus altas ventanas. En el contrato de alquiler que esperaba mi firma y en el depósito que no quería financiar con otro préstamo.

—La verdad —respondí finalmente—. Aunque resulte incómoda.

Borys dejó de sonreír.

En el pasillo sonó un teléfono. Ninguno de los dos se movió.

—En ese caso —dijo en voz más baja—, debería examinar la parte posterior del marco antes de que nadie lo desmonte.

—¿Por qué?

Miró el cuadro y después me miró a mí. Advertí la tensión en la mano que tenía apoyada sobre la caja. No parecía alguien a quien acabara de ocurrírsele una idea. Más bien parecía alguien que llevaba tiempo aplazando una conversación inevitable.

—Porque a veces la información más importante se encuentra precisamente donde nadie quiere mirar.

Debería haberle preguntado de inmediato qué quería decir exactamente. Debería haber anotado sus palabras, pedido una explicación y dado por terminado nuestro encuentro conforme al procedimiento. En lugar de eso, me quedé mirando al hombre que, en apenas quince minutos, había conseguido poner en duda mis conclusiones y despertar un interés para el que no había reservado espacio en mi vida cuidadosamente organizada.

—¿Me ayuda a darle la vuelta? —pregunté.

Borys vaciló.

—Si lo hacemos ahora, puede que vea algo que después ya no podrá omitir en su dictamen.

—Precisamente para eso me pagan.

Asintió, pero su rostro permaneció serio.

Cuando se acercó, nuestros brazos estuvieron a punto de rozarse. No se apartó bruscamente ni aprovechó aquella proximidad. Esperó hasta que le indiqué el punto exacto por donde debía sujetar el marco.

Y yo, por primera vez en muchísimo tiempo, no estaba segura de qué deseaba descubrir más: la verdad oculta

detrás del cuadro o la razón por la que Borys Sowa temía tanto que yo llegara a verla.

Capítulo 1 - Lo que no se ve

Dar la vuelta a un cuadro antiguo exigía más confianza de la que estaba dispuesta a depositar en un hombre al que había conocido apenas quince minutos antes.

No se trataba del peso. El paisaje no era una de las obras más grandes con las que había trabajado, aunque su marco era robusto y, en algunos puntos, inquietantemente inestable. El problema era que Borys Sowa sabía más que yo sobre aquel marco, y yo no tenía ni idea de cuánto de ese conocimiento estaba dispuesto a revelar.

—Sujeta la esquina derecha —le indiqué—. No el travesaño inferior. No quiero añadir tensión en la zona de la grieta.

—Lo sé.

—Me alegro. Me gustan las personas que saben seguir instrucciones.

—Y a mí las que no las dan sin necesidad.

Lo miré por encima del marco.

—Vamos a tener una colaboración complicada.

—Todavía no hemos decidido si vamos a colaborar.

Tenía razón, lo que empezaba a convertirse en una costumbre irritante.

Trasladamos el cuadro a una mesa que había preparado previamente y cubierto con un material acolchado. Borys se movía con cuidado, sin prisas, con la concentración de alguien acostumbrado a trabajar con objetos que no podían sustituirse simplemente por otros nuevos. No tuve que corregir la posición de sus manos ni recordarle que tuviera

cuidado con el dorado. En un momento dado, nuestras manos quedaron a ambos lados del mismo travesaño. Habría bastado con desplazar los dedos unos centímetros para que se rozaran.

No lo hice.

Él tampoco.

Cuando el cuadro quedó apoyado sobre la mesa, con el reverso hacia arriba, encendí una lámpara adicional. Un lienzo antiguo, un bastidor de madera, pequeñas huellas de reparaciones anteriores. Nada extraordinario. Al menos a primera vista.

—¿Qué querías enseñarme exactamente? —pregunté.

Borys señaló dos pequeños orificios junto al borde interior del marco.

—Estas marcas no corresponden al sistema de fijación actual. Alguien utilizó antes otro sistema.

Me incliné para observarlas.

—Podría haberse hecho durante alguna de las restauraciones.

—Podría.

—¿Tienes la costumbre de responder con una sola palabra?

—Cuando una basta.

Desplacé la luz hasta conseguir un ángulo más pronunciado. La madera conservaba señales de un montaje anterior y, junto a uno de los orificios, quedaba un fragmento de una capa de acabado más oscura. Tomé varias fotografías colocando una escala de medición. Aquello no demostraba que se tratara de una falsificación, ni siquiera

constituía una prueba de irregularidad, pero indicaba que la historia del marco era más complicada de lo que sugería la documentación.

—Zofia asegura que este marco acompaña al cuadro al menos desde los años ochenta —comenté.

—¿Lo asegura o tiene documentos que lo demuestren?

Levanté la mirada.

—¿Conoces la diferencia?

—Muy bien.

Esta vez fui yo quien guardó silencio.

En mi carpeta había una copia de una fotografía antigua que mostraba el paisaje colgado en la pared de una vivienda particular. La imagen estaba borrosa, pero el perfil del marco parecía diferente. Hasta entonces había supuesto que se debía al ángulo de la cámara. Ahora tenía que considerar otra posibilidad.

Saqué la fotografía y la coloqué junto al cuadro.

Borys no intentó cogerla sin permiso. Simplemente se inclinó para apreciar mejor los detalles.

—¿De dónde procede?

—Del archivo de la propietaria.

—¿Tiene fecha?

—En el reverso aparece escrito el año mil novecientos ochenta y siete.

—¿A mano?

—Sí.

—¿De quién es la letra?

Lo observé con creciente interés.

—Se supone que soy yo quien debe hacer las preguntas.

—No te lo impido.

Sonreí a mi pesar y volví inmediatamente a concentrarme en la fotografía.

—No se ha identificado a la persona que escribió la fecha.

—Entonces yo no la consideraría segura.

—No lo hago.

—Bien.

No sabía qué me irritaba más, si su actitud práctica o el hecho de que no intentara impresionarme con sus conocimientos. A la mayoría de los especialistas invitados a evaluar obras de arte caras les encantaba escucharse hablar. Borys solo hablaba cuando lo consideraba necesario. El resto del tiempo lo dedicaba a observar.

Sonó mi teléfono.

En la pantalla apareció el nombre de Zofia Maj.

—Buenas noches, Anita. ¿Todo bien? —preguntó antes de que pudiera decir nada.

—Depende de lo que entendamos por bien. El señor Sowa ya está en la galería.

—Estupendo. Precisamente quería avisarte de que había conseguido llegar antes.

—Avisar después de que algo haya ocurrido tiene una utilidad bastante limitada.

Zofia suspiró.

—No empecemos. Borys es el mejor especialista en marcos que conozco.

—No estoy cuestionando su competencia. Estoy cuestionando que hayas cambiado lo acordado sin consultarme.

Al otro lado de la línea se produjo un breve silencio.

—Necesitamos tener ese cuadro preparado para presentarlo la semana que viene.

Me incorporé.

—Hablamos de una fecha provisional. No he confirmado ni la autenticidad ni la procedencia.

—Lo sé, cariño.

Detestaba que me llamara cariño cuando estaba intentando convencerme de algo.

—Entonces dejemos claro que no se realizará ninguna intervención antes de que termine la inspección.

—Borys tiene que evaluar el alcance del trabajo.

—Puede evaluarlo. No puede empezarlo.

—Me interesa que os pongáis de acuerdo.

—Y a mí me interesa que mi dictamen siga siendo independiente.

Zofia terminó la conversación asegurando que lo aclararíamos todo por la mañana. Conocía aquel tono. Significaba que esperaba que cambiara de opinión después de una buena noche de sueño.

Dejé el teléfono.

—¿Lo has oído?

—Era difícil no oírlo.

—Entonces dime claramente qué necesitas.

Borys cruzó los brazos.

—Acceso al marco. La posibilidad de documentar su estado de conservación. Y la seguridad de que nadie esperará que restaure algo que primero debería estudiarse.

—En eso estamos de acuerdo.

—Hay otra condición.

Suspiré.

—Por supuesto.

—Quiero estar presente durante la inspección en la que se retiren los elementos de fijación. No porque dude de tu capacidad. Es porque no quiero hacerme responsable de daños que puedan producirse en mi ausencia.

Lo estudié con atención.

—¿Y si considero que tu presencia podría afectar a la independencia del examen?

—Entonces contrata a otro especialista. No voy a trabajar en unas condiciones que me conviertan en el culpable perfecto.

No sonó como una amenaza. Más bien como un límite establecido después de alguna experiencia desagradable.

Por un instante vi en él algo familiar.

Yo también sabía cuánto podía costar la responsabilidad profesional cuando otra persona controlaba las circunstancias.

—Aceptaré esa condición con una salvedad —dije—. Documentaremos nuestras conclusiones por separado. Tú serás responsable de la evaluación del marco; yo, del cuadro y de su historia. Si encontramos discrepancias, no se las ocultaremos a la clienta.

Borys me sostuvo la mirada durante unos segundos.

—De acuerdo.

Le tendí la mano.

La estrechó con firmeza, pero sin apretar de manera ostentosa. Tenía la palma cálida y ligeramente áspera. Lo advertí con tanta claridad como el hecho de que no prolongó el contacto ni un segundo más de lo necesario.

—Anita —dije—. Ya que vamos a trabajar juntos, podemos prescindir de tanta formalidad.

—Borys.

—Eso ya lo sabía.

—Entonces empezamos con ventaja para ti.

No tuve tiempo de responder porque señaló un punto junto a la esquina derecha.

—Mira aquí.

A través de la lupa distinguí una pequeña hendidura de forma regular. Alguien había retirado un fragmento de la superficie de madera, probablemente durante una reparación anterior. Los bordes no eran recientes, pero sí considerablemente más claros que la madera de alrededor.

—Podría haber habido una etiqueta —dije.

—O un número de taller.

—Podemos intentar identificar los restos.

—Podemos. Sin alterar la superficie.

Borys cogió la lámpara y yo hice otra serie de fotografías. Trabajamos durante casi una hora, comparando las marcas con la documentación que había preparado anteriormente. En determinado momento descubrimos que dos enganches metálicos eran ligeramente diferentes de los demás. Borys

reconoció un método de fijación más antiguo, pero no intentó asignarle una fecha sin disponer de más datos.

Aquello me gustó.

No su rostro, aunque resultaba difícil ignorar por completo sus rasgos definidos y la manera en que fruncía el ceño cuando se concentraba. Me gustaba que fuera capaz de decir «no lo sé». Que no considerara la falta de conocimiento una vergüenza.

A las nueve de la noche apagué la lámpara.

—Por hoy es suficiente.

—Estoy de acuerdo.

—¿Otra vez?

—No te acostumbres.

Sonreí mientras guardaba la cámara en el bolso.

Borys aseguró el marco y después comprobó la posición de los soportes. Lo hizo sin prisas, aunque se notaba que estaba cansado. Solo cuando terminó sacó el teléfono y revisó sus mensajes.

—¿Algo urgente? —pregunté.

—El taller. Mañana tengo que entregar un pedido grande.

—¿Grande?

—Para un hotel. Una docena larga de marcos. El plazo era razonable hasta que alguien decidió que tenía que ser más corto.

—Me resulta familiar.

Guardó el teléfono.

—¿Tú también tienes una fecha límite ajustada?

Vacilé.

No acostumbraba a contar mis planes a desconocidos. Especialmente a hombres cuya presencia podía complicarme la vida profesional.

—Tengo otros compromisos —respondí.

—Entiendo.

No insistió.

Y precisamente eso hizo que, durante un instante, tuviera ganas de contarle algo más.

En lugar de hacerlo, cerré la carpeta.

—Mañana a las nueve nos reuniremos con Zofia. Prepararé una lista de cuestiones pendientes de aclarar.

—Estaré aquí.

—¿Puntual?

—Llegaré ocho minutos antes. Así tendrás tiempo de decidir que no me dejas entrar.

Me eché a reír. Una risa auténtica, sin controlar mi reacción.

Borys me miró con algo que podría haber sido satisfacción, pero no hizo ningún comentario. Cogió la chaqueta del perchero y se dirigió hacia la puerta.

Lo detuve antes de que saliera.

—¿Borys?

Se volvió.

—¿Sí?

—Cuando viste el cuadro, tuve la impresión de que habías reconocido algo.

El silencio que siguió fue distinto a los anteriores. Ya no formaba parte de una reflexión profesional.

—Reconocí el tipo de marco —respondió.

—Te he preguntado por el cuadro.

Miró el paisaje apoyado junto a la pared.

—He visto una disposición similar del enmarcado. Tengo que comprobar si lo recuerdo bien.

—¿Dónde?

—En unos documentos antiguos de taller.

—¿De tu taller?

—Entre otros.

No apartó la mirada. Sin embargo, tenía la impresión de que sopesaba cada palabra con más cuidado del que exigía la situación.

—Si encuentras algo importante, necesito esa información para mi dictamen —dije.

—Lo sé.

—Eso no es una respuesta.

—De momento, es la única respuesta sincera que puedo darte.

No me gustó aquella frase. Una sinceridad que dejaba tanto espacio para las medias verdades me parecía un concepto sospechoso.

Cuando se marchó, permanecí unos minutos más frente al cuadro. Observé el meandro del río, la pequeña barca y la pálida línea del cielo. Siempre había creído que sabía separar lo que veía de lo que deseaba encontrar.

Aquella noche ya no estaba tan segura.

Al llegar a casa, abrí la documentación en el portátil. Introduje mis observaciones sobre el marco, añadí las

fotografías y señalé la necesidad de verificar su historia. Después abrí un mensaje de la agente inmobiliaria.

Señora Anita: el propietario del local ha aceptado esperar hasta el viernes para tomar una decisión. Después de esa fecha volveremos a contactar con los demás interesados.

Faltaban tres días para el viernes.

Miré el contrato de alquiler que había impreso aquella mañana. Después, el archivo del peritaje del que dependía una parte considerable de mis próximos ingresos.

Podía acelerar el dictamen. Podía considerar que los documentos disponibles eran suficientes. Podía hacer lo que Zofia había esperado desde el principio.

Pero no había dedicado once años a construir mi reputación para terminar firmando algo que no era capaz de defender.

Abrí un mensaje nuevo.

Zofia, hasta que no se aclare la historia del marco, no puedo confirmar la datación ni la continuidad de la procedencia del cuadro. La reunión de mañana debería celebrarse antes de fijar una fecha para la venta.

Lo envié antes de tener ocasión de cambiar de opinión.

Un momento después, el teléfono vibró.

No era una respuesta de Zofia.

Número desconocido.

Soy Borys. He encontrado un catálogo de antiguos perfiles de marcos. Hay un detalle que podría ser importante. Lo llevaré mañana. Y no te preocupes, no pienso tocar el cuadro sin tu permiso.

Leí el mensaje dos veces.

Y después, para mi propio asombro, respondí:

Me parece bien. Ya que piensas llegar ocho minutos antes, puedes traer café.

La respuesta llegó casi inmediatamente.

¿Cómo lo tomas?

Me quedé mirando la pantalla unos instantes.

No me preguntaba si quería café. Me preguntaba cómo lo tomaba.

Era una pequeña diferencia que mi prudencia debería haber ignorado.

Espresso doble. Sin azúcar.

Lo recordaré.

Dejé el teléfono sobre el escritorio.

Al otro lado de la ventana, Breslavia brillaba después de la lluvia. El apartamento estaba en silencio y sobre la mesa descansaban los documentos relacionados con el futuro que pretendía construir exclusivamente bajo mis propias condiciones.

Todavía no sabía qué ocultaba Borys Sowa detrás de su serenidad.

Solo sabía que, por primera vez en mucho tiempo, la presencia de otra persona no me parecía únicamente un obstáculo.

Y eso me inquietaba más de lo que quería admitir.

Capítulo 2 - Los límites de la confianza

Borys llegó exactamente ocho minutos antes de las nueve.

Estaba delante de la galería con dos vasos de cartón y una carpeta bajo el brazo. A diferencia de la noche anterior, llevaba la chaqueta seca, el pelo cuidadosamente peinado y la expresión de alguien que ya había resuelto varios asuntos antes de que el resto de la ciudad se tomara su primer café.

—Espresso doble —dijo, entregándome uno de los vasos—. Sin azúcar.

—¿Has comprobado que no lleve veneno?

—He pensado que, con tu carácter, ya tienes suficientes peligros.

Lo miré fijamente.

—¿Eso pretendía ser gracioso?

—Un poco.

—Tendrás que aprender a elegir mejor a tu público.

Sonrió.

Tenía la impresión de que precisamente aquella sonrisa era su habilidad más peligrosa. No porque fuera especialmente espectacular, sino porque aparecía pocas veces y siempre en el momento adecuado.

Entramos en la galería. Zofia todavía no había llegado, así que disponía de unos minutos para revisar el material de Borys sin la presión de sus expectativas.

Dejó la carpeta sobre el escritorio y sacó tres fotocopias.

—Un catálogo de finales de los años setenta. Un taller de enmarcación de la calle Jedności Narodowej. Fabricaban unos perfiles característicos, con una hendidura profunda junto al borde interior.

Examiné la reproducción.

—Se parecen.

—Mucho. Pero no son idénticos.

—¿Cuál es la diferencia?

—La altura del perfil y el acabado de la esquina. Nuestro marco tiene una capa adicional de madera que no aparece en el dibujo.

—¿Una modificación posterior?

—Es posible.

Dejé la copia sobre la mesa.

—Así que seguimos sin saber cuándo se fabricó.

—Al menos sabemos por dónde empezar.

Lo observé un momento por encima del vaso.

—¿Siempre eres tan prudente?

—No siempre.

—¿En qué situaciones dejas de serlo?

Borys levantó la mirada.

—Cuando se trata de cosas que me importan.

No lo dijo en tono seductor. Precisamente por eso, durante un instante olvidé lo que quería responder.

La puerta de la galería se abrió de golpe.

Zofia Maj entró con el teléfono pegado a la oreja y un bolso de cuero colgado del hombro. Llevaba un elegante

abrigo beige que probablemente costaba más que el alquiler mensual del local de mis sueños.

—Sí, lo confirmaré después de la reunión —decía por teléfono—. Por supuesto. No se preocupe.

Colgó y nos miró con una amplia sonrisa.

—Qué maravilla. Ya estáis trabajando.

—Precisamente estamos estableciendo todo lo que todavía no sabemos —respondí.

—Eso suena menos maravilloso.

—Depende de si esperas la verdad o sentirte bien.

Zofia se quitó el abrigo.

—Anita, no empieces. Sé que eres meticulosa. Por eso te contraté.

—Entonces necesito tiempo.

—¿Cuánto?

—El que haga falta para verificar las discrepancias. Por ahora propongo diez días laborables para realizar las comprobaciones adicionales y después decidir si son necesarios más estudios.

Zofia miró a Borys.

—¿Y el marco?

—No empezaré los trabajos de conservación hasta que termine la documentación —respondió.

La propietaria de la galería suspiró.

—¿Acaso vosotros dos ya habéis formado una alianza?

—Hemos acordado las condiciones de trabajo —dije.

—Eso suena todavía peor.